

las hojas de la planta, una á una, en vasijas de agua caliente, ó más bien tibia, y despues de haberlas meneado con una pala, pasaban el agua teñida á unas orzas ó peroles, donde la dejaban reposar, hasta que se precipitaban al fondo las partes sólidas de la tintura, y entónces vaciaban el agua poco á poco. Este sedimento se secaba al sol y despues se ponía entre dos platos al fuego, para que se endureciese. Tenian los Mexicanos otra planta del mismo nombre, de que sacaban el azul, pero de inferior calidad. Para el rojo se servían de la semilla del achiote, que los franceses llaman *rocou*, cocida en agua; para el morado y el púrpura, de la cochinilla. El amarillo se hacía con *tecozahuitl*, ó sea ocre, y con el *xochipalli*, planta cuyas hojas se parecen á las de la artemisa. Las hermosas flores de la misma planta, cocidas en agua con nitro, les suministraban un bello color de naranja. Como se servían del nitro para aquel color, para otros empleaban el alumbre. Despues de haber macerado y desleído en agua la tierra aluminosa llamada *tlaxocotl*, la cocían al fuego en vasijas de tierra; sacaban por destilacion el alumbre puro, blanco y diáfano, y ántes de que se endureciese de un todo, lo hacían pedazos para venderlo más cómodamente en el mercado. Para dar más consistencia á los colores, los mezclaban con el jugo glutinoso del *tzauhtli*,¹ ó con el excelente aceite de chia.²

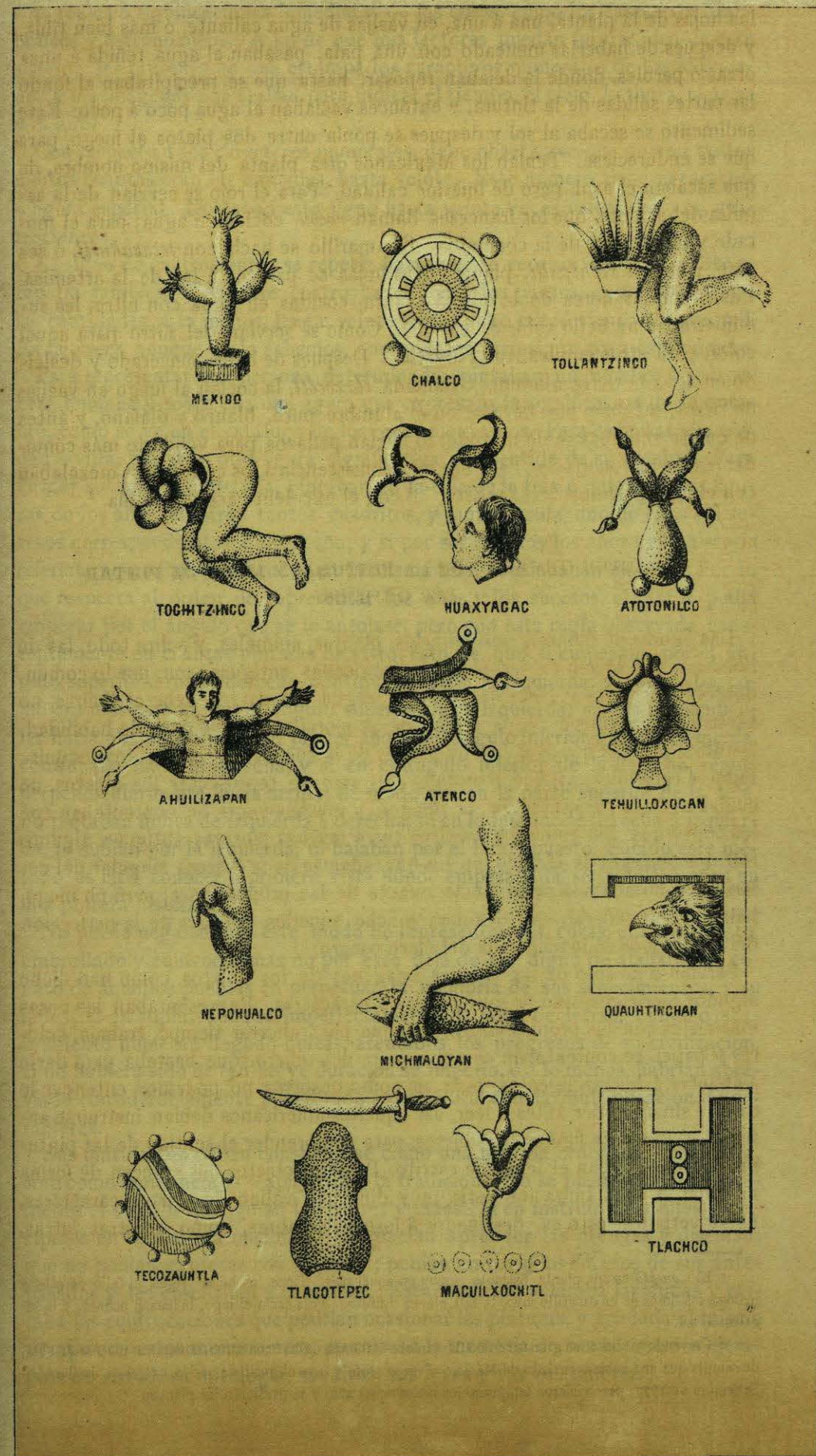
CARACTER GENERAL DE LA PINTURA, Y MODO DE PINTAR
LOS OBJETOS.

Las figuras de montes, ríos, edificios, plantas, animales, y sobre todo, las de hombres, que se ven en las pinturas mexicanas antiguas, son, por lo comun, desproporcionadas y disformes: lo que, segun me parece, debe atribuirse, no tanto á su ignorancia de las reglas de proporcion, ó á su falta de habilidad, cuanto á la prisa que se daban en pintar, de la que fueron testigos los conquistadores españoles; así que, pensando tan solo en representar los objetos, no cuidaban de la perfeccion de la imágen, y muchas veces se contentaban con los contornos. Sin embargo, he visto entre muchas pinturas antiguas, algunos retratos de reyes de México, en los que, además de la belleza singular del colorido, se notaba una observancia exacta de las proporciones; pero no niego, hablando en general, que distaban mucho aquellos pintores de la perfeccion del dibujo y de la inteligencia del claro oscuro.

Servíanse no solo de las simples imágenes de los objetos, como han dicho algunos escritores, sino de geroglíficos y caracteres. Representaban las cosas materiales con sus propias figuras; aunque para ahorrar tiempo, trabajo, colores y papel, se contentaban con una parte del objeto, que bastaba para darlo á conocer á los inteligentes; pues así como nosotros no podemos entender lo escrito sin aprender ántes á leer, así aquellos americanos debían instruirse ántes en el modo de figurar los objetos, para comprender el sentido de las pinturas con que suplían el lenguaje escrito. Para los objetos que carecen de forma material, ó cuya imitacion sería muy difícil, se valían de ciertos caracteres, no ya verbales, esto es, destinados á formar palabras, como nuestras letras,

¹ El *tzauhtli* es una planta bastante comun en aquel país. Tiene las hojas largas, el tallo derecho y nudoso, las flores de un amarillo vivo, la raíz blanca y fibrosa. Para sacar el jugo, la hacían pedazos y la secaban al sol.

² Creyendo yo hacer un gran servicio á los pintores italianos, cultivé con sumo esmero tres plantas de chia, de semilla que me habían enviado de México. Prosperaron, y tuve el gusto de verlas cargadas de flores en Setiembre de 1777; pero vinieron temprano los hielos aquel año, y se perdieron las plantas.



FIGURAS DE CIUDADES

sino reales ó significaciones inmediatas de las cosas, como los caracteres algebraicos y astronómicos. A fin de que mis lectores puedan formar idea de este sistema, les presento en una estampa los caracteres numerales de los Mexicanos y las imágenes que usaban para indicar el tiempo, el cielo, la tierra, el agua y el aire.

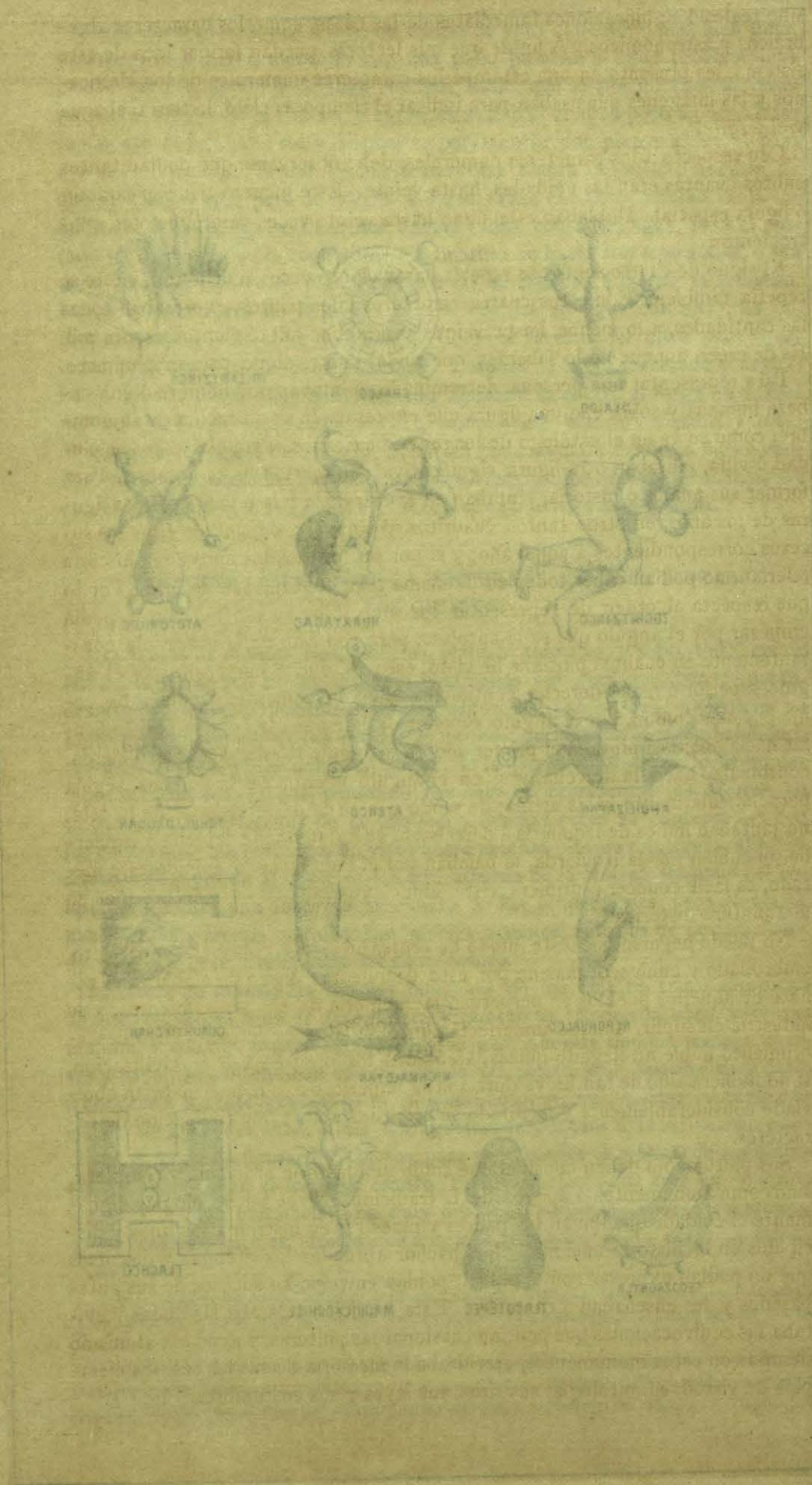
Con respecto á los caracteres numerales, debe observarse que ponian tantos puntos cuantas eran las unidades, hasta veinte. Este número tiene su carácter ó figura especial. Doblaban este signo hasta veinte veces veinte, esto es, cuatrocientos.

El signo de cuatrocientos se repetía hasta veinte veces, ú ocho mil, y éste se repetía tambien. Con estos cuatro caracteres y los puntos, expresaban todas las cantidades, á lo ménos, hasta veinte veces ocho mil, ó ciento sesenta mil. Es de creer, aunque no lo sabemos, que tuviesen otro signo para este número.

Para representar una persona determinada, pintaban un hombre ó una cabeza humana y sobre ella una figura que expresaba la significacion de su nombre, como se ve en el catálogo de los reyes mexicanos. Para expresar una ciudad ó villa, pintaban otra figura significativa del sentido de su nombre. Para formar sus anales ó historia, pintaban en la orla de la tela ó del papel, las figuras de los años, en otros tantos cuadritos, y junto á cada uno de ellos los sucesos correspondientes á aquel año; y si por ser muchos los años cuya historia referian, no podían caber todos en la misma tela, continuaban en otra. Por lo que respecta al orden de representar los años y los sucesos, el pintor podía empezar por el ángulo que se le antojase, pero con esta regla observada constantemente en cuantas pinturas he visto: esto es, que si empezaba por el ángulo superior á mano derecha, continuaba hácia la izquierda: si empezaba, como era más comun, por el ángulo superior de la izquierda, seguía perpendicular hácia abajo: si pintaba el primer año en el ángulo inferior á mano izquierda, continuaba hácia la derecha, y si en el ángulo inferior de la derecha, seguía perpendicularmente hácia arriba; de modo que en la parte superior de la tela, no pintaban nunca de izquierda á derecha, ni en la inferior de derecha á izquierda, ni subían por la izquierda, ni bajaban por el lado opuesto. Sabido este método, es fácil conocer á primera vista dónde empezaba la serie de los años en una pintura histórica.

No puede negarse que este modo de representar las cosas era imperfecto, embrollado y equívoco; mas no por esto deja de ser digno de alabanza el conato de aquellos pueblos en perpetuar la memoria de sus acaecimientos, y su industria en suplir, aunque imperfectamente, la falta de letras, á cuyo descubrimiento hubieran llegado quizás, atendidos los progresos de su civilización, si no hubiera sido de tan breve duracion su imperio, ó á lo ménos, habrían abreviado considerablemente y facilitado su escritura con la multiplicacion de caracteres.

Sus pinturas no deben considerarse como una historia ordenada y completa, sino como monumentos ó apoyos de la tradicion. No se puede elogiar dignamente el cuidado que tenían los padres y maestros en instruir á sus hijos y discípulos en la historia nacional. Les hacían aprender las arengas y discursos que no podían expresar con el pincel; ponían en verso los sucesos de sus antepasados y les enseñaban á cantarlos. Esta tradicion aclaraba las dudas y evitaba las equivocaciones que podrían ocasionar las pinturas, y ayudada al mismo tiempo con estos monumentos, eternizaba la memoria de sus héroes, los ejemplos de virtud, su mitología, sus ritos, sus leyes y sus costumbres.



Ni solamente se servían aquellos pueblos de la tradición, de las pinturas y de los cánticos para conservar la memoria de los sucesos, sino también de hilos de diversos colores y diferentemente anudados, llamados *xuipu* por los peruanos, y por los Mexicanos *nepohualtzitzin*. Este extraño modo de representar las cosas, tan usado en el Perú, no parece que haya sido adoptado en los países de Anáhuac, sino en los siglos más remotos, pues no se encuentran vestigios de aquellos remotos monumentos. Boturini dice que después de la más diligente investigación, apenas pudo hallar uno en un pueblo de Tlaxcala, pero los hilos estaban gastados y casi consumidos por el tiempo. Si los pobladores de la América meridional pasaron a Anáhuac, como algunos opinan, pudieron haber dejado allí aquel arte, que poco a poco fué abandonado, por la pintura que introdujeron los Toltecas, ó quizás otra nación más antigua.

Después que aprendieron de los españoles el uso de las letras, muchos hábiles Mexicanos, Texcocanos y Tlaxcaltecas, escribieron sus historias, parte en español y parte en elegante estilo mexicano, cuyos escritos se conservan aún en algunas bibliotecas de México, como ya he dicho.

ESCULTURA.

Más felices que en la pintura fueron los Mexicanos en la escultura, en la fundición y en el mosaico, y mejor expresaban en la piedra, en la madera, en el oro, en la plata y con las plumas, las imágenes de sus héroes ó las obras de la naturaleza, que en el lienzo ó en el papel, bien fuese porque la mayor dificultad de aquellos trabajos excitaba más su aplicación y su diligencia, ó porque el sumo aprecio que de ellos hacían los pueblos, despertaba su ingenio y aguijoneaba su industria.

La escultura fué una de las artes conocidas y practicadas por los antiguos Toltecas. Hasta el tiempo de los españoles se conservaron algunas estatuas de piedra, trabajadas por los artistas de aquella nación, como el ídolo de Tlaloc, colocado en el monte del mismo nombre, que tanto reverenciaban los Chichimecas y los Acolhuas, y las estatuas gigantescas erigidas en los dos célebres templos de Teotihuacan. Los Mexicanos tenían ya escultores cuando salieron de su patria, Aztlan, pues sabemos que en aquella época hicieron el ídolo de Huitzilopochtli, que llevaron consigo en su larga peregrinación.

Sus estatuas eran por lo común de piedra ó de madera. Trabajaban la primera sin hierro ni acero, ni otro instrumento que uno de piedra dura. Toda su incomparable paciencia y constancia se necesitaba para superar tantas dificultades y sufrir la lentitud de aquella clase de trabajos; pero lo conseguían en despecho de la imperfección de los medios que empleaban. Sabían expresar en sus estatuas todas las actitudes y posturas de que es capaz el cuerpo humano, observando exactamente las proporciones, y haciendo, cuando era preciso, las labores más menudas y delicadas. No solo hacían estatuas enteras, sino que esculpían en la piedra figuras de bajo relieve, como los retratos de Motéuczoma II y de un hijo suyo, que se veían en una piedra del monte Chapultepec, citados y celebrados por el P. Acosta. Formaban también estatuas de barro y madera, sirviéndose para éstas de un utensilio de cobre. El número increíble de sus estatuas se puede inferir por el de los ídolos, de que ya hablé en el libro precedente. Aun en esto tenemos que deplorar el celo del primer obispo de México y de los primeros predicadores del Evangelio; pues por no dejar á los neófitos ningún incentivo de idolatría, nos privaron de muchos preciosos

monumentos de la escultura de los Mexicanos. Los cimientos de la primera iglesia que se construyó en México, se componían de fragmentos de ídolos; y tantas fueron las estatuas que se destrozaron con aquel objeto, que habiendo abundado tanto en aquel país, apenas se hallan algunas pocas en el día, aun después de la más laboriosa investigación. La conducta de aquellos buenos religiosos fué sumamente loable, ora se considere el motivo, ora los efectos que produjo: mejor hubiera sido, sin embargo, preservar las estatuas inocentes de la ruina total de los simulacros gentílicos, y aun poner en reserva algunas de éstas en sitios en que no hubieran podido servir de tropiezo á la conciencia de los recién convertidos.

FUNDICION.

Los Mexicanos tenían en más precio los trabajos de fundición que todas las otras obras de escultura, tanto por el mayor valor de la materia, cuanto por la excelencia del trabajo mismo. No serían verosímiles las maravillas que hacían en aquel arte, si además del testimonio de los que las vieron, no se hubieran enviado como curiosidades á muchas partes de Europa. Los trabajos de oro y plata enviados de regalo á Carlos V por Cortés, llenaron de admiración á los artifices europeos, los cuales, como aseguran muchos escritores de aquel tiempo, ¹ declararon que eran realmente inimitables. Hacían los fundidores mexicanos, con plata y oro, las imágenes más perfectas de los objetos naturales. Fundían de una vez un pez, que tenía las escamas alternativamente de plata y oro; un papagayo, con la cabeza, la lengua y las alas movibles; un mono, con la cabeza y con los pies movibles, y con un huso en la mano en actitud de hilar. Engarzaban las piedras preciosas en oro y plata, y hacían joyas curiosísimas y de gran valor. Finalmente, tan preciosas eran aquellas alhajas, que aun los mismos soldados españoles, á pesar de la sed de oro que los devoraba, preferían en ellas el trabajo á la materia. Esta arte maravillosa, ejercitada ya por los Toltecas, que atribuían su invención ó su perfección al dios Quetzalcoatl, se ha perdido enteramente por el envilecimiento de los indios y por descuido de los españoles. No sé que queden restos de aquellas preciosas labores: á lo ménos, más fácil será hallarlas en algún gabinete de Europa, que en toda la Nueva España. La curiosidad cedió á la codicia, y la belleza de la ejecución fué sacrificada al valor de la materia.

También se servían del martillo para la elaboración de los metales; pero no sobresalían en esta clase de obras como en las fundidas, ni podían compararse con las de los artifices de Europa, por no tener otro instrumento que la piedra. Con todo, se sabe que trabajaban bien el cobre, y que los españoles elogiaron sus escudos y sus picas. Los fundidores y los plateros de México formaban un cuerpo respetable. Tributaban un culto particular á Xipe, su dios protector, y en su honor hacían una gran fiesta el segundo mes, con sacrificios inhumanos.

MOSAICO.

Pero nada tenían en tan alta estima los Mexicanos como los trabajos de mosaico, que hacían con las plumas más delicadas y hermosas de los pájaros,

¹ Véase particularmente lo que de estos trabajos dice el historiador Gomara, el cual los tuvo en sus manos, y oyó lo que de ellos opinaban los plateros sevillanos.

Para esto criaban muchas especies de las aves bellísimas que abundan en aquellas regiones, no solo en los palacios de los reyes, donde mantenían, como ya hemos dicho, toda clase de animales, sino también en las casas de los particulares, y en cierto tiempo del año les quitaban las plumas, para servirse de ellas con aquel fin, ó para venderlas en el mercado. Preferían las de aquellos maravillosos pajarillos, que ellos llamaban *huitzitzilin*, y los españoles *picaflores*, tanto por su sutileza, como por la finura y variedad de colores. En estos y otros lindos animales, les había suministrado la naturaleza cuantos colores puede emplear el arte, y otros que él no puede imitar. Reuníanse para cada obra de mosaico muchos artífices, y después de haber hecho el dibujo, tomado las medidas y las proporciones, cada uno se encargaba de una parte de la obra, y se esmeraba en ella con tanta aplicación y paciencia, que solía estarse un día entero para colocar una pluma, poniendo sucesivamente muchas, y observando cuál de ellas se acomodaba mejor á su intento. Terminada la parte que á cada uno tocaba, se reunían todos para juntarlas y formar el cuadro entero. Si se hallaba alguna imperfección, se volvía á trabajar hasta hacerla desaparecer. Tomaban las plumas con cierta sustancia blanda para no maltratarlas, y las pegaban á la tela con *tsahulli*, ó con otra sustancia glutinosa: después unían todas las partes sobre una tabla, ó sobre una lámina de cobre, y las pulían suavemente hasta dejar la superficie tan igual y tan lisa, que parecía hecha á pincel.

Tales eran las representaciones ó imágenes que tanto celebraron los españoles y otras naciones de Europa, sin saber si en ellas era más admirable la viveza del colorido, ó la destreza del artífice, ó la ingeniosa disposición del arte. "Obras, dice el P. Acosta, justamente encomiadas: siendo cosa maravillosa, cómo podían hacerse con plumas de pájaros, dibujos tan finos y delicados, que parecían hechos con pincel; bien que ni el pincel ni la pintura artificial pueden imitar la viveza y el esplendor que en ellos se veía. Algunos indios, sobresalientes en este arte, imitan con tanta exactitud, por medio de las plumas, las obras del pincel, que no ceden á los mejores pintores de España. Al príncipe de España, D. Felipe, regaló su maestro tres pequeñísimas imágenes, para que le sirvieran de registro en su Diurno: su alteza las enseñó al rey D. Felipe II de este nombre, su padre; y habiéndolas considerado su majestad, dijo que jamás había visto en tan pequeñas figuras, trabajo más excelente. Habiéndose también presentado al Papa Sixto V otro cuadro mayor de San Francisco, y díchole que era obra hecha de plumas por los indios, quiso Su Santidad tocarlo, para asegurarse que no era pintura, pareciéndole cosa maravillosa que estuviese tan bien ajustada y lisa, que los ojos no sabían distinguir si los colores eran artificialmente dados con el pincel, ó naturales de las plumas con que estaba construida. La unión que hace el verde con el naranjado ó dorado, y otros varios colores, es hermosísima, y mirada la imagen á otra luz, los mismos colores parecen amortiguados." Los Mexicanos gustaban tanto de estas obras de pluma, que las estimaban en más que el oro. Cortés, Bernal Díaz, Gomara, Torquemada y todos los otros historiadores que las vieron, no hallan expresiones con que encomiar bastantemente sus perfecciones.¹ Poco tiempo há vivía en Pátzcuaro, capital del reino de Michuacan,

¹ Juan Lorenzo de Anagnia, docto italiano del siglo XV, hablando en su *Cosmografía* de estas imágenes de los Mexicanos, dice: "Entre otras me ha causado gran admiración un San Gerónimo con su crucifijo y un león, que me enseñó la señora Diana Loreda, tan notable por la hermosura y viveza de los colores, y por el arte con que estaban distribuidos, que creo no haber visto cosa semejante, no diré mejor, en los antiguos ni en los mejores pintores modernos."

donde más que en ninguna otra parte floreció el arte de que vamos hablando, el último artífice de mosaico que quedaba, y con él habrá acabado, ó estará para acabar un ramo tan precioso, aunque hace dos siglos no se cultiva con la perfección que supieron darle los antiguos. Consérvanse hasta ahora algunos restos en los museos de Europa y muchos en México; pero pocos, según creo, del siglo XVI, y ninguno, que yo sepa, anterior á la conquista. También hacían un mosaico de conchillas, que hasta nuestros días se ha conservado en Guatemala.

A imitación de aquellos eminentes artistas, había otros que con diversas flores y hojas formaban para las fiestas hermosos dibujos, sobre esteras de diferentes clases. Después de la propagación del Evangelio, los hacían para adorno de los templos cristianos, y eran muy estimadas de la nobleza española, por la singular belleza de su artificio. En la actualidad hay muchas personas en aquel reino, que se emplean en imitar los mosaicos de pluma del modo que he dicho; pero sus obras no pueden compararse de ningún modo á las de los antiguos.

ARQUITECTURA DOMÉSTICA.

Un pueblo tan industrioso en los trabajos de curiosidad y lujo, no podía carecer de los que son necesarios á la vida. La arquitectura, que es una de las artes inspiradas por la necesidad desde el principio de las sociedades, fué conocida y practicada por los habitantes del país de Anáhuac, á lo menos desde la época de los Toltecas. Los Chichimecas, sus sucesores, los Acolhuas y todas las otras naciones de los reinos de Acolhuacan, de México, de Michuacan, de la república de Tlaxcala y de las otras provincias, excepto los Otomites, fabricaron casas y formaron ciudades desde tiempo inmemorial. Cuando los Mexicanos llegaron á aquellos países, los encontraron cubiertos de grandes y bellas poblaciones. Ellos, que ántes de salir de su patria, eran ya muy inteligentes en arquitectura y estaban acostumbrados á la vida social, construyeron durante su larga romería, muchos edificios en los puntos donde se detenían algunos años. Consérvanse restos de ellos, como ya he dicho, á las orillas del río Gila, en la Pimería, y cerca de la ciudad de Zacatecas. Reducidos después á la mayor miseria en las orillas del lago texcocano, construyeron humildes cabañas de cañas y fango, hasta que con el comercio de la pesca pudieron adquirir mejores materiales. A medida que crecían su poder y su riqueza, se aumentaban y mejoraban sus edificios, hasta que llegaron los conquistadores y hallaron mucho que admirar, y no ménos que destruir.

Las casas de los pobres eran de cañas y de ladrillos crudos, ó de piedra y fango, y el techo de un heno largo y grueso, que es muy común en aquellos campos, particularmente en las tierras calientes, ó de hojas de maguey puestas unas sobre otras á guisa de tejas, á las que se parecen además en el grueso y en la figura. Una de las columnas ó apoyos de estos edificios solía ser un árbol de proporcionadas dimensiones, el cual, además del recreo que les proporcionaba su frondosidad, solía ahorrarles algún gasto y trabajo. Ordinariamente estas casas no tenían más que un piso, donde estaban el hogar y los muebles, y en que residían la familia y los animales. Si la familia no era tan pobre, había otras dos ó tres piezas, un *ayauhcalli* ú oratorio, un *temaxcalli* ó baño, y un pequeño granero.

Las casas de los señores y de la gente acomodada, eran de piedra y cal: te-